

Cuando el arte calla

Pasajes escogidos de la correspondencia con los amigos

Nikolái Gógol

Traducción de Frederic Guerrero-Solé

Sígueme. Salamanca, 2013

304 páginas. 19 euros

Por Ricardo San Vicente

ENSAYO. “¿CÓMO CONCILIAR dos hechos diametralmente opuestos en la historia creativa de Gógol? El hombre que más nos ha espantado y tiranizado es el que más nos ha hecho reír. No tenemos autor más terrorífico, más quimérico que Gógol. Y no hay escritor que aún siga haciendo reír tanto a Rusia. Y, sin embargo, resulta que —tal vez por esa mutabilidad, por su natural ambivalencia— en

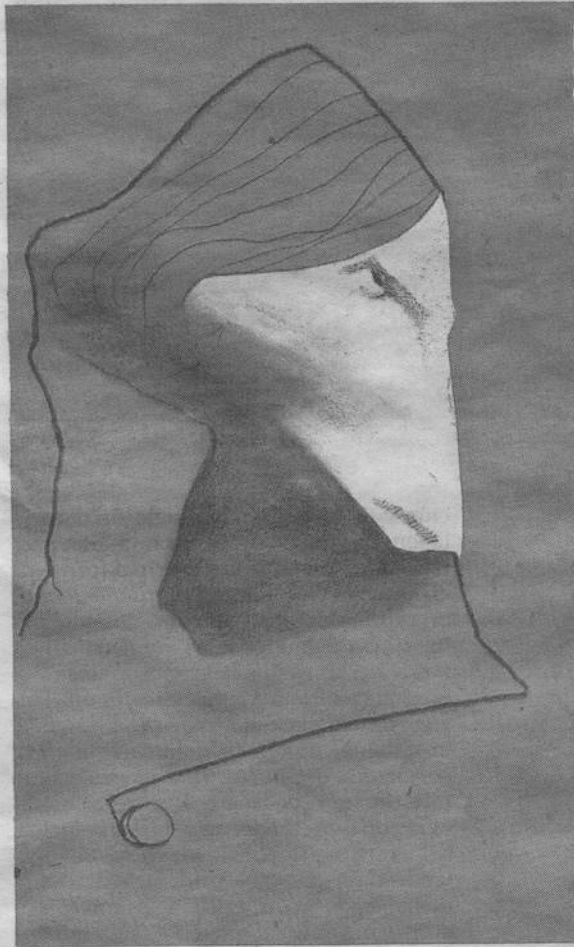
cia es una eterna lucha entre el bien el mal, entre el demonio y el ángel que algunos llevan dentro. Y en este sentido Gógol no fue una excepción. Sus obras le dieron fama por su talante satírico, por la imaginación desbordada, el espectáculo deformado y ambivalente a través del cual el lector descubría aquello que se oculta tras lo aparente. La sátira y el humor fluyen en *El inspector*, *El capote* o *La nariz*, como también brota en los pasajes fantásticos de las *Almas muertas*.

La tragedia de Gógol —de la que estos “fragmentos” son una dolorosa muestra— es que tras la prodigiosa primera parte ya no pudo proseguir, escribir para las otras partes de las *Almas muertas* un texto digno de su arte. Eso explica el hecho de que antes de morir quemara la segunda parte de su obra.

Pues, como muchos creadores que han adquirido cierta notoriedad y prestigio, el escritor se propuso escribir no sólo una gran obra, una nueva *Divina Comedia*, sino además una obra edificante y salvadora, tras cuya lectura los rusos abandonarían para siempre la senda del mal y se convertirían en el pueblo elegido al que otros mirarían con envidia y temor.

La mudez creativa de un hombre que, gracias a Dios, sabía distinguir entre arte y catecismo, lo llevó a mil estrategias para recuperar su arte y una de ellas fue ésta: los *Fragmentos escogidos de la correspondencia con los amigos*, cuidadosamente traducida por Frederic Guerrero-Solé. Pero ni esto, ni las llamadas a que todos sus amigos, creyentes o no, rezaran al Altísimo por el retorno de su inspiración perdida, ni su viaje a Tierra Santa, ni las penitencias, castigos y ayunos, le permitieron recobrar su voz de artista genial. Pues le resultó imposible fundir arte y plegeria, talento creativo y elocuencia moral.

La obra empieza con el inquietante ‘Testamento de Gógol’ en el que el autor ruega encarecidamente no ser enterrado “hasta que no muestre signos evidentes de descomposición”. Y a mí no se me ocurre mejor manera de acabar esta, más que reseña, reflexión, con una historia gogoliana. Hace años, un taxista de Moscú, al enterarse de que me dedicaba a la literatura rusa, comentó: “Seguro que usted no conoce este hecho. Cuando en 1952 trasladaron los restos mortales de Gógol al cementerio de Novodévitchi, abrieron el ataúd y vieron que el



Gógol visto por Sciammarella.

cierto momento y de manera inexplicable, la risa en Gógol suscita la angustia y el horror; se diría que su risa pasa a ser su contrario: el llanto, que, no obstante, en ocasiones también posee la cualidad opuesta de hacer reír. ¿Dónde está el final y el principio? ¿Qué se da antes, qué es lo primero, la alegría desatada, la comicidad natural de Gógol, o la no menos íntima compañera de su alma, la melancolía?” (Abram Terts, *A la sombra de Gógol*).

Uno de los rasgos de lo grotesco es que sus creaciones borran la frontera entre la locura y la razón, entre la imaginación desbordada y los propósitos sensatos, entre la transgresión y lo correcto, y el arte de Gógol se mueve en esta tierra de nadie. Lo carnavalesco ha estado muy presente en la cultura rusa, sobre todo en las creaciones populares, y la prosa excesiva, ácida y fabulosa de Gógol bebe de esas aguas.

De hecho, al igual que otras literaturas, la rusa, desde sus orígenes es el escenario de un combate desigual entre el arte popular, oral, lúdico, burlesco y a veces transgresivo, y las creaciones escritas que se sustentan en la tradición cristiana. No en vano fueron los misioneros quienes cristianizaron al tiempo que alfabetizaban a los futuros rusos.

Todo el mundo sabe que desde los albores de la humanidad nuestra existen-

interior de la tapa estaba toda arañada...”. Así es como la leyenda engendrada por un autor retorna al lugar de donde salió, a la poderosa, carnavalesca, unas veces jocosa y otras macabra, y siempre eterna imaginación del pueblo.

Lo que no es una leyenda es que la viuda de Mijaíl Bulgákov buscando algo que pudiera vestir la tumba de su marido dio con una gran roca y les preguntó a los sepultureros del cementerio que qué era aquel enorme pedrusco. A lo que estos respondieron que un “gólgota”, un gran canto rodado que, coronado con una cruz, había sido el anterior monumento funerario de Gógol. Yelena Serguéyevna recogió el “gólgota” y pidió que lo colocaran sobre la tumba de su marido, discípulo aventajado en el arte fantasmagórico y festivo de Nikolái Vasilievich Gógol, del Gógol más grotesco y popular. •